

biese imitado. Cantaban todo el Salterio después de Tercia, después de Sexta, de Nona, de Vísperas y á media noche. Todas las hermanas venían obligadas á saberlo de memoria.

« El domingo todas se iban á la iglesia, que había en su monasterio; cada banda teniendo en su cabeza una de las ancianas que las dirigía. Se volvían en el mismo orden; se aplicaban en diferentes obras que se les distribuía, y componían hábitos, ó para ellas ó para los otros. A ninguna de las calificadas le era permitido llevarse consigo una camarera de casa de sus padres, por temor de que renovase en su espíritu la idea de aquello que en otro tiempo había hecho, y de que les hablase sobre las vanas diversiones de su infancia.

« Todas iban vestidas de la misma manera, y sólo se servían de la toalla para enjugarse las manos. Vivían en una entera separación de los hombres para evitar todo motivo de hablar á los maldicientes, quienes, para autorizar sus desórdenes, acostumbran denigrar la reputación de las personas más virtuosas y más santas.

« Cuando una hermana llegaba demasiado tarde al oficio divino, ó trabajaba con demasiada pereza, Paula empleaba diversos medios para corregirla, procurando ganarla con dulzura y con caricias si era demasiado viva y sensible á la corrección, ó le hacía duras reprensiones cuando le reconocía bastante virtuosa para sufrirlas.

No les permitía poseer cosa alguna en particular; sino que siguiendo el consejo de san Pablo, cuando dice: Con tal que tengamos con que nutrirnos y con que vestir, debemos estar contentos (I Tim. 3); quería que se contentasen con lo necesario, temiendo que acostumbrándose á tener alguna cosa más, no se dejasen arrastrar por la pasión de la avaricia, que no tiene límites en sus deseos, y no es menos insaciable en la abundancia que en la indigencia.

« Si se levantaba alguna discusión entre las hermanas, al momento ella la ahogaba con su dulzura, y reunidas las reconciliaba. Quería que las jóvenes mortificasen su cuerpo con el ayuno, prefiriendo verlas sujetas á los dolores de estómago que á las debilidades del espíritu. Si alguna afectaba ser más culta y mejor compuesta que las otras, la corregía de su vanidad mostrándole un aspecto severo, y le hacía entender que su demasiada compostura era el desaliño de su alma.

« Les recomendaba la modestia en sus discursos, no debiendo jamás salir palabra alguna poco decente de la boca de una virgen; y si encontraba alguna que tuviera demasiada afición á confabular, que estuviese de mal humor, ó demasiado puntillosa y que contrariase á sus hermanas, después de haberla reprendido de sus faltas, la colocaba en el último lugar, ó la separaba de la comunidad sino se enmendaba, y la imponía la penitencia de rogar á Dios en la puerta del refectorio y de comer sola, á fin de corregir con la humillación á aquella que no se había aprovechado de sus reprensiones...

« ¿Qué diré, añade san Jerónimo, de su caridad para con los enfermos, del cuidado que tenía de ellos, de su afán en servirles y auxiliarlos en sus males? Ella les daba en abundancia todo cuanto les era necesario para el restablecimiento de su salud, haciéndoles comer también carne, aunque ella se la negase á sí misma en semejante necesidad. »

Tal era la disciplina que esta gran Santa hacía observar en su monasterio; y después de su muerte, san Jerónimo, quien tradujo al latín la regla de san Pacomio, como lo hemos dicho en otra parte, procuró que esta traducción también sirviera á santa Eustoquia para dirigir á sus hijas, como igualmente había hecho para los religiosos de su monasterio de Belén, y para muchos otros monjes latinos.

Pero esta gran Santa era un modelo vivo de la observancia regular; su solo ejemplo podía servir de regla; á sus religiosas les bastaba vivir con ella para aprender en su conducta la práctica de todas las virtudes. « Su humildad, dice san Jerónimo, fué tan grande y tan profunda, que aquellos que nunca la habían visto la hubieran tomado por la última de todas las siervas. Entre esta multitud de vírgenes de que siempre estaba rodeada, sus hábitos, su voz, sus ademanes, su andar mismo la hacían considerar siempre como la última de todas. »

Hemos visto cual era su mortificación; no se la podía hacer determinar á cuidar de su salud; y después de una fiebre violenta que había hecho desesperar de su vida, habiéndole aconsejado los médicos que usara un poco de vino cuando empezaba á estar un poco mejor, y Jerónimo recomendándole también lo mismo, dice este Santo que su exhortación casi había llegado á persuadirle á él mismo á abstenerse del vino por más que estuviese gastado por la vejez. « Pero yo no pretendo, añade este santo Doctor, autorizar con esta relación el celo indiscreto de aquellos que, sin medir sus fuerzas, se echan encima una carga insoponible; quiero solamente hacer ver con su perseverancia en las prácticas de la penitencia cual era el ardor de su celo, y cómo esta alma fiel deseaba unirse á Dios al cual decía con frecuencia: *Mi está alma abrasada de una sed ardiente por vos, y ¿ de cuantas maneras mi carne se siente también movida por este ardor* (Psal. 62)? Su asiduidad en leer la santa Escritura, junto á las explicaciones que san Jerónimo de ella le había dado, le facilitaba su inteligencia. Ella amaba su sentido, que es el fundamento de la verdad; pero quería más el sentido místico, considerándolo como el celmo del edificio espiritual que daba en su corazón. Ella empleaba sus palabras sagradas para rechazar la tentación y para sostenerse en una paciencia firme y cons-

tante en medio de las contradicciones que tuvo que sufrir.

En las tentaciones para fortalecerse se servía de estas palabras del Deuteronomio: *El Señor Dios os prueba, para que se vea si lo amáis de todo vuestro corazón* (Deut. 13). Cuando su alma se encontraba como consumida por la tristeza, pensaba en estas palabras del profeta Isaías: *O vosotros á quien se os ha quitado la leche y que habéis sido arrancados de la teta, preparaos á sufrir tribulaciones sobre tribulaciones, pero al mismo tiempo esperad más allá con toda esperanza* (Isai. 28-9). Sobre lo cual decía que es propio de aquellos que han sido desmamados, es decir de las almas que han adquirido una edad perfecta en la virtud, el sufrir tribulaciones sobre tribulaciones, y añadía que por más lento que el auxilio de Dios parezca á nuestra vivacidad y á nuestra impaciencia, no podemos estar mucho tiempo sin experimentar sus efectos. Decía también que no se debía temer las lenguas de los maldicientes é impostores, porque estamos bajo la protección del Dios de Israel, según estas palabras de Isaías: *No temáis los oprobios de los hombres, porque serán carcomidos por los gusanos como un vestido y apolillados como la lana* (Isai. 51). Al tiempo de las enfermedades se sostenía en la paciencia con estas palabras del Apóstol: *Cuando yo soy débil, entonces soy fuerte; nosotros llevamos este tesoro dentro de vasos de tierra hasta que este cuerpo mortal esté revestido de la inmortalidad* (II Cor. 12 y 15). Así según los diferentes estados en que se encontraba, su alma recurría á la palabra de Dios para sostenerse, encorazonarse, animarse á aprovecharse de todo para progresar en la santidad, á la cual su corazón tendía continuamente.

San Jerónimo dice á este propósito, que habiendo sabido un día que sus hijos, y en particular Toxocio, estaban peligrosamente enfermos, después de haber sostenido, como el profeta (Psal. 76), con valor y en un respetuoso silencio

la perturbación y el aturdimiento que le había causado una noticia tan desagradable, la vió descargar su corazón con estas palabras de Jesucristo: *Aquél que ama á su hijo y á su hija más que á mí, no es digno de mí* (Matth. 10); y dirigiendo sus votos y sus preces á Dios, le dijo también estas palabras del profeta Rey: *Poseed, Señor, y conservad los hijos de aquellos que murieron* (Psal. 78), es decir, que todos los días mortifican sus cuerpos por el amor de vos.

Dios, quien quería garantirla de las impresiones de la vanidad, y poner su virtud á cubierto con la humillación y las contradicciones, le suscitó, dice san Jerónimo, como á Salomón, un Adad Idumeo (3 Reg. 14) para que la atormentase sin cesar; y no hubo uno solamente, sino que la envidia la convirtió en blanco de los dardos malignos de algunos otros. Parece que estos eran los origenistas, quienes bien hubieran deseado honrar á su partido con el mérito de una dama tan santa; pero no encontrando medios de corromper su fe, nada olvidaron para desacreditar su piedad. Uno de ellos, á quien san Jerónimo no nombra, pero que le llama un hombre doloso, hipócrita refinado, cierto día, sin saberlo este santo Doctor, le presentó muchas cuestiones artificiosas, y que se resentían de los falsos dogmas de Orígenes. La Santa no se descuidó de irlo á comunicar al Santo, quien fué á encontrarlo y le cerró la boca con una sola cuestión que le propuso á su vez; después de lo cual destruyó todo cuanto había osado proponer á santa Paula.

« Otro, dice el mismo Santo, del número de esos sembradores de falsos rumores, que son la peste del género humano, fué una vez á decirle con un aire benévolo en apariencia, que el excesivo celo con el cual Paula se conducía en la práctica de la virtud, la hacía pasar por loca, y que se decía que era necesario fortificar su cerebro. » La Santa sufría todas estas cosas con humilde paciencia, fortificándose siempre con los oráculos del Espíritu Santo en

las divinas Escrituras; y como san Jerónimo en cierta ocasión le dijera que se debía dar paso libre á esta furiosa pasión, al ejemplo de Jacob que se había retirado á Mesopotamia para librarse de la cólera de su hermano Esaú, le dió esta hermosa respuesta:

« Tendriais razón para hablarme así, si el demonio no hiciera la guerra en todos los lugares á los siervos y siervas de Dios; si aquellos que huyen de él no lo encontrasen en todas partes; si el amor á los santos lugares no me detuviera aquí, y si pudiese encontrar en otro lugar á mi amada Belén. ¿ Porqué no he de vencer la envidia con mi paciencia? ¿ Porqué no he de dominar á mis enemigos con mi humildad? ¿ Porqué, recibiendo un bofetón sobre una mejilla, no he de ofrecer la otra? ¿ Porqué no he de practicar aquello que dice el apóstol san Pablo: *Trabajad en vencer el mal con el bien* (Rom. 12)? »

En fin, dice san Jerónimo, todo el mundo sabe con que furor prorrumpieron contra ella, y con que paciencia sufrió las persecuciones de la vida; pero es tiempo de llegar á su dichosa muerte. Cayó gravemente enferma, ó, por mejor decir, sus votos fueron enteramente cumplidos (es siempre san Jerónimo quien habla), viendo que estaba á punto de dejarnos para unirse más estrechamente al Señor, su hija, santa Eustoquia, quien la servía con todos los cuidados que la ternura animada de la piedad la inspiraba, nunca la dejaba sino para ir al pesebre del Salvador á presentar sus suspiros y gemidos á este divino Maestro, y rogarle que no la privara de una madre que le era tan querida, y que no permitiera que ella la sobreviviese.

En cuanto á la Santa, como sino hubiera de hacer más que dejar extranjeros para ir á unirse con sus parientes, pronunciaba en voz baja estas palabras del Profeta: *Señor, yo he amado la belleza de vuestra casa, y el lugar en donde reside vuestra gloria* (Psal.; 25); *¿ Qué amables son vuestros*

tabernáculos, ó Dios de los ejércitos! mi alma desea ardientemente entrar en la casa del Señor, y este deseo la hace desfallecer. Yo prefiero entrar la última en la casa de mi Dios, que permanecer en las tiendas de los pecadores (Psal. 83).

San Jerónimo le preguntó si sufría algún dolor extraordinario que le impidiese el hablar; ella le respondió en griego que nada le daba pena y que estaba muy tranquila. Estas fueron las últimas palabras que pronunció, y cerrando lo ojos como habiendo ya despreciado todos los objetos de la tierra, no se entretuvo más que en los versículos de los salmos que antes había recitado; lo que hacía con una voz tan baja que apenas se le podía comprender. También hacía sin cesar la señal de la cruz sobre sus labios, hasta que habiendo perdido todo sentido, cayó en una dulce agonía que pronto dió libre pasage á su alma para ir á cantar eternamente las alabanzas del Señor. Murió el miércoles 26 de enero del año 404, sobre la noche, á la edad 56 años, ocho meses y veintiún días, habiendo pasado cerca de 20 años en Belén, donde se había retirado desde Roma cinco años después de la muerte de su marido.

San Jerónimo hace sobre el particular estas excelentes reflexiones: *Paula ha concluido su carrera; ha conservado su fe inviolable (II Tim, 4); ahora ha recibido la corona de justicia, y sigue al Cordero por doquier él vaya (Apoc. 14). Ella se satura de los frutos de la justicia, porque tuvo hambre, y canta con alegría: Nosotros vemos con nuestros ojos en la ciudad del Dios de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios, todo cuanto habíamos oído decir (Psal. 47); ¡ Qué feliz cambio! A las lágrimas que ella derramó sigue una alegría sin fin. Ella despreció las cisternas entreabiertas, y ahora halla en el Señor una fuente de agua viva. Ella llevó el cilicio y hoy revestida de hábitos blancos dice: Vos habéis roto el saco que me cubria y me habéis colmado de alegría (Psal. 29).*

Ella comía la ceniza como el pan y mezclaba sus lágrimas con su bebida, y ahora se satura eternamente del pan de los ángeles, y canta con el Rey de los profetas: *Gustad y ved cuan dulce es el Señor (Psal. 33).*

El obispo de Jerusalén presenció su muerte, como también muchos otros de diferentes ciudades. También había allí un gran número de sacerdotes y de diáconos. Todo el monasterio estaba lleno de vírgenes y solitarios. Los pueblos de la Palestina abandonaron sus ciudades y asistieron en tropel á sus funerales. Cada uno hubiese creído hacerse culpable para con Dios, si hubiesen dejado de tributar los últimos respetos á una mujer de un mérito tan distinguido. Las viudas y los pobres mostraban los hábitos con que los había vestido, como la Escritura lo dice de Dorcas, y todos aquellos que había socorrido en sus necesidades la lloraban como á su madre y su nodriza.

Algunos obispos llevaron su féretro sobre sus espaldas; otros prelados precedían las exequias, llevando hachas encendidas, y otros marchaban á la cabeza de aquellos que cantaban los salmos. En este orden llevaron su cuerpo en medio de la Iglesia del pesebre del Salvador, en donde estuvo expuesto durante tres días. Su rostro todo pálido como estaba, no parecía haberse cambiado; al contrario, se notaba en él un no sé que tan grande y majestuoso, que se hubiese dicho que más bien estaba dormida que muerta. Se cantaron por orden los salmos en hebreo, en griego, en latin, en siríaco, no solamente durante los tres días que su cuerpo estuvo expuesto, sino también durante toda la semana; y todos aquellos que asistían se imaginaban que ellos mismos lloraban su muerte, y que asistían á sus pompas fúnebres. Su cuerpo fué colocado en una cripta debajo de la Iglesia, que estaba toda próxima de Nuestro Señor.

Los religiosos de san Francisco poseen en Belén un monasterio cuya iglesia está dedicada á santa Catalina,

que se cree ser la misma que el monasterio de santa Paula, como los Armenios tienen una que ocupa el lugar en donde estaba situado el monasterio de Casiano.

SANTA EUSTOQUIA. ¹

Santa Eustoquia era hija de Toxocio y de santa Paula, como lo hemos dicho en el capítulo precedente. No tenemos que repetir la grandeza de su nacimiento, ni la opulencia de su casa.

Nunca mujer alguna mereció mejor que ella ser llamada la gloria de las vírgenes, como hizo san Jerónimo. Por cualquier lado que se la mire, ya sea en las ventajas del mundo á las cuales renunció, ya en la consagración que hizo de su virginidad á Jesucristo, ya en su conducta perfectamente dócil para con su madre, ya en el cuidado que tuvo de marchar sobre sus huellas é imitar sus virtudes, ya en fin en la vida toda santa que llevó con ella y después de su muerte en el monasterio de Belén; se reconoce en toda la economía de su vida tanto fervor, tanta piedad y tanto amor para Jesucristo, que, cualquiera cosa que se diga para ensalzarla, uno siempre siente que no dice lo bastante.

Desde su más tierna infancia ya empezó á responder á los desvelos que tuvo su madre para formarla en la piedad, y bien que sus otras hermanas se hacían dignas por su docilidad de la educación que esta grande santa les daba, esta fué la única que abrazó la virginidad, y que habiéndose consagrado muy joven á Jesucristo, le guardó hasta la

¹ San Jerónimo, Baronio.

muerte una fidelidad que fué siempre en aumento por los maravillosos progresos que hizo siempre en la perfección cristiana. El celestial Esposo de las vírgenes, quien se la había escogido por una gracia particular, demostró cuan celoso estaba de su corazón, y que designios de santidad tenía sobre su alma. San Jerónimo nos lo enseña en la carta que escribió á Léta, esposa de Toxocio, hermano de la Santa de quien hablamos.

Eustoquia tenía un tio llamado Hemecio, quien la quiso hacer abandonar el propósito que había formado de consagrarse á Dios. Al efecto encargó á su esposa llamada Pretextata que la vistiera y la peinara á la moda del siglo. Como ella hubiese ejecutado esta orden, un ángel, dice san Jerónimo, se le apareció por la noche durante su sueño, y le dijo con voz terrible y amenazadora: « ¿ Como has osado preferir á Jesucristo las órdenes de tu marido, y llevar tus manos sacrílegas sobre la cabeza de una virgen que le está consagrada? Juzga de la enormidad de tu crimen por el rigor del castigo. Al momento en que te hablo vas á ver como se secan esas manos criminales, y de aquí á cinco meses morirás; y si perseveras en tu pecado, perderás también tu esposo y tus hijos. Todo esto sucedió, añade el santo Doctor, tal como el ángel lo había predicho; y Pretextata habiendo aguardado demasiado tarde á hacer penitencia, se vió de momento arrebatada del mundo por una muerte repentina. Así es como Jesucristo se venga de aquellos que profanan su templo y quieren robarle las almas que le están consagradas. »

Así que hubo perdido su padre y que su madre tuvo por esto mayor libertad para seguir los designios de perfección que había formado en su corazón, ella entró en todos sus senderos, y de buena voluntad cambió con ella la magnificencia de su casa en simplicidad y modestia cristianas; no sólo vió sin pena las dádivas inmensas que santa Paula ha-